

Europa: la batalla por las memorias

GILDA WALDMAN

Resumen

En este artículo, la autora expone una de las paradojas que recorre actualmente a Europa. Por una parte, y en el marco de un proceso de creciente articulación económica y política, reaparecen en el Viejo Continente fantasmas del pasado a los que se creía ya definitivamente enterrados: racismo, xenofobia, discriminación, violencia contra minorías, etcétera. Diversos grupos y movimientos de ultraderecha adquieren un importante auge entre la juventud y un notable peso en las urnas. Sin embargo, Europa se enfrenta también con las viejas heridas de su pasado. Así, Austria, Francia y Alemania, entre otros países, rescatan verdades olvidadas y reinterpretan su historia a la luz del presente. El dilema es, entonces: ¿Qué tendrá mayor peso: el olvido o el vigor de la memoria?

Abstract

In this article, the author explores one of Europe's paradoxes today. Amid the weaving of an intricate political and economic tapestry, the Old Continent is assailed by ghosts from the past that were thought long interred: racism, xenophobia, discrimination, violence against minority groups, etc. Ultra-right wing movements and group gain strength amongst young people, and move forward in the polls. Yet old wounds have also resurfaced in European countries. Foremost Austria, France and Germany, are plunging in to rescue forgotten truths from their history, to read them under the light of the present. The question is, what will prevail: oblivion or the refunding spirit of memory?

El 9 de noviembre de 1989 caía el Muro de Berlín. Desde entonces, la “caída del Muro” se ha constituido en fecha clave de nuestros tiempos, hasta el punto que, para historiadores como Eric Hobsbawm, ese momento marca “el final del siglo xx”.¹ El 9 de noviembre ha entrado, así, en el libro de oro de la historia, aunque pagando un alto precio por ello: el olvido de otro 9 de noviembre,

¹ Eric Hobsbawm, *Age of extremes. The short twentieth century. 1914-1991*, Londres, Penguin Group, 1994.

el de 1938, conocido en los libros de historia como “la noche de los cristales rotos”, cuando miembros de las S.S., junto con turbas nazis, incendiaron sinagogas y saquearon comercios, y golpearon, hirieron y asesinaron a numerosas víctimas.

El 9 de noviembre de 1989 se celebraba jubilosamente un triunfo: el derrumbe de un sistema totalitario. Pero se olvidaba la catástrofe moral simbolizada en lo sucedido la noche del 9 de noviembre de 1938. Este acontecimiento anticipaba lo que sería la posterior destrucción masiva de los judíos, y con ello, también la erupción de la barbarie en la Europa moderna, el despliegue de las vertientes más sombrías de la razón y la crisis de la esperanza en el potencial liberador de la modernidad.

El olvido tendría, poco después, un matiz aún más grave. En noviembre de 1990, en el acto oficial de la reunificación de las dos Alemanias, tanto el canciller Helmut Kohl como el ministro interino de Alemania Oriental, Lothar de Maizière, recalcaban que la importancia del momento residía en que se ponía fin a la historia de una Alemania dividida, en la cual “las familias [estaban] cruelmente separadas, los presos políticos encerrados en prisiones, y las gentes asesinadas ante el Muro”.² Es decir, desde la perspectiva de los dirigentes políticos de las dos Alemanias, la celebración se refería no al fin de un pasado comenzado en 1933, sino a la desdicha que había caído sobre Alemania desde el fin de la guerra y durante los 45 años que le siguieron. En otras palabras, los líderes políticos alemanes reinterpretaban la historia reciente de su país celebrando el fin de una era comenzada cuando Berlín fue ocupada por los rusos y que se había traducido en la división de un país “herido” desde la posguerra.

Esta perspectiva olvidaba, sin embargo, que el Muro de Berlín había sido el resultado de una contienda desencadenada por el nazismo. El Muro, independientemente de que constituyera la punta de lanza de la guerra fría, no sólo dividía a dos concepciones del mundo, sino que también recordaba el origen de la guerra. En un alarde de responsabilidad histórica, el Partido Socialdemócrata Alemán había señalado repetidamente que la reunificación alemana sólo po-

² Michael Schmidt, *La Alemania neonazi y sus ramificaciones en España y Europa*, Madrid, Anaya y Mario Muchnick, 1995, p. 163.

dría darse cuando se hubieran restañado las heridas abiertas por los nazis en Europa, es decir, que el Muro debería caer como resultado de un planteamiento moral de la política. El escritor Günter Grass lo señalaba de manera exacta: "Cualquiera que reflexione hoy en día sobre Alemania y busque respuestas a la cuestión alemana debe incluir a Auschwitz en su reflexión."³

Ciertamente, los dirigentes alemanes de la posguerra reconocieron la responsabilidad moral del país por su pasado nazi. Sin embargo, fue el silencio soterrado, pero turbador, lo que permeó a la sociedad alemana desde 1945 en adelante. La memoria colectiva de ese país reprimió los doce años de régimen nazi. Su inmediata división después de 1945, la guerra fría y el proceso de desnazificación impulsado por las fuerzas aliadas impidieron que Alemania elaborara el duelo, llorara el luto de la derrota y saldara cuentas con su historia. En Alemania Federal, las energías colectivas se canalizaron hacia la reconstrucción; se reconoció, en todo caso, la distinción entre alemanes "nazis" y "no nazis" durante la guerra. En la República Democrática Alemana, la cultura política del estalinismo se impuso a la del nazismo en una sola línea de continuidad, amén de que esta parte de Alemania se consideró a sí misma "liberadora" de un fascismo identificado con el capitalismo. En Alemania en su conjunto, los álbumes de familia se detuvieron en 1938 y se reanudaron en 1946. El torturante pasado permaneció entre los claroscuros de la conciencia, desdibujado entre las sombras del olvido.⁴

Sin embargo, quizás en ningún otro país europeo la historia ha moldeado a la política con el peso con que lo ha hecho en Alemania. Interrogantes tales como: ¿Puede el pasado nublar el presente? ¿Hasta cuando? recorrieron, fundamentalmente, a la sociedad alemana occidental desde mediados de la década de los setenta, por razones que obedecían, en lo esencial, al éxito económico logrado y que expresaban, a su vez, la necesidad política de crear las bases para sus-

³ Citado por Michael Schmidt, *ibid.*, p. 161.

⁴ El libro de Peter Sichrovsky, *Nacidos culpables* (Ediciones Samara, 1989), que toca el tema del impacto de la experiencia entre los hijos de quienes fueron militantes o tuvieron un papel activo en el nazismo, pone en evidencia que un rasgo común entre los 15 jóvenes entrevistados era haber crecido en el silencio con respecto a las atrocidades cometidas por sus padres. Por su parte, también la generación de los "perpetradores" guardaba un profundo hermetismo sobre el pasado.

tentar una identidad nacional positiva por medio del reconocimiento internacional de la “normalización” del país. En coincidencia con lo anterior, un nuevo debate intelectual “revisaba” la historia alemana del periodo nazi. Tal “revisión” histórica ubicaba al régimen nazi en el mismo plano que otros regímenes igualmente abominables, y, en última instancia, lo disculpaba. Al mismo tiempo que se diluía la especificidad del nazismo y se lo convertía en otro episodio atroz de la modernidad europea (Auschwitz y el Gulag eran elementos de una misma catástrofe), no se quería comprender el abismo existente entre las matanzas anteriores y la eliminación radical y sistemática de determinados segmentos de la sociedad por el hecho de “haber nacido en una cama y no en otra”, como diría el escritor Arthur Koestler. En este sentido, dicha “revisión” histórica suponía que “Auschwitz fue sólo una imitación cuyo significado innovador residía en el hecho que se usó gas en el asesinato masivo”,⁵ y relativizaba al Holocausto hasta asumirlo, en palabras del historiador alemán Ernst Nolte, como “una reacción, nacida de la ansiedad, a las aniquilaciones que ocurrieron durante la revolución rusa”.⁶

Este clima intelectual y político que, sin duda, implicaba una reconstrucción de la historia con particulares connotaciones morales, se traduciría posteriormente en la visita del entonces presidente Reagan al cementerio de Biltburg, donde estaban sepultados soldados de las S.S. y caídos estadounidenses, implicando así que no existían ni víctimas ni culpables dado que todos los caídos eran similares en la muerte. De igual manera, y en el plano jurídico, el pasado alemán era desculpabilizado en la defensa del criminal de guerra Klaus Barbie, donde se adujo que los crímenes nazis no habían sido diferentes de otros crímenes cometidos por las naciones occidentales colonizadoras.

Ciertamente, esta rescritura de la historia pavimentó el camino para la reunificación. En noviembre de 1990, Alemania despertaba “normalizada”, “reconciliada”. Para la dirigencia política del país, el pasado quedaba enterrado y el desafío se planteaba ahora con relación a un futuro al parecer hechizante: iniciar la reunificación e inser-

⁵ Dan Diner, “The historian's controversy”, *Tikkun*, vol. 2, núm. 1, p. 74.

⁶ Ernest Nolte, “Between myth and historical revisionism”, en H.W. Koch, *Aspects of the Third Reich*, Londres, p. 36.

tarse en el espacio político y económico de una Europa en proceso de integración, fortalecida por su nueva presencia en un mundo globalizado; esta fortaleza estaba dada por la voluntad política de intensificar los lazos de cooperación con el objetivo de crear una identidad supranacional, una economía de cooperación en política monetaria, financiera e internacional y una cultura común que reconquistase los valores universales que habían dado identidad a Europa y dejase atrás las tinieblas que habían asolado al Viejo Continente durante el siglo XX. La élite política alemana, siguiendo las líneas dictadas todavía desde la época de Adenauer, decidió asumir sus responsabilidades europeas por un doble motivo. Por una parte, porque el futuro resultaba más propicio en el entorno de un espacio económico que, con una política económica común, sería el más vasto y rico del mundo. Por la otra, porque su inserción europea sería la mejor respuesta para enterrar un pasado de sombrío nacionalismo y evitar la suspicacia del resto de los países europeos sobre el posible papel hegemónico de Alemania unificada.⁷

Sin embargo, la caída del Muro y la posterior reunificación volvían a plantear para Alemania el difícil tema de su relación con el pasado. Entre los manifestantes que expresaban su júbilo por la caída del Muro, se mezclaban extremistas de ambos sectores de Alemania;⁸ al poco tiempo, reaparecían las que semejaban ser imágenes fantasmagóricas: eswásticas en brazos extendidos que actuaban violentamente en contra de los "extranjeros" y gritaban consignas similares a las que el nazismo aplicara en su momento al "problema judío". ¿Nuevos?⁹ grupos nazis emergían a la luz pública y, utilizando hábilmente la volatilidad de la memoria colectiva, negaban la realidad de la dimensión más trágica del nazismo: el Holocausto. Simultáneamente, y al tiempo que resaltaban la importancia de llevar a cabo actividades nacionalistas y glorificaban la "violencia purificadora" en contra de las minorías, estos grupos extendían sus redes nacionales e internacionales por medio de la propaganda,¹⁰ utilizando In-

⁷ Véase al respecto Anne-Marie le Gloanec, "El sentido del poder alemán", en VV. AA., *Pensar el mundo después de la guerra fría*, México, Cruz, 1993, pp. 57-84.

⁸ "How nazis are made", *The New Yorker*, 8 de enero de 1996, pp. 36-58.

⁹ El término "neonazi" es impreciso ya que el movimiento nazi nunca desapareció; al contrario, mantuvo vigente su actividad y sus postulados iniciales, a los cuales se incorporaron consignas referentes a los nuevos tiempos. Michael Schmidt, *op. cit.*

¹⁰ Cfr. Michael Schmidt, *ibid.*

ternet para la planeación de acciones conjuntas, el intercambio de eslogans racistas, sugerencias de financiamiento e información sobre organizaciones de derechos humanos que están tras sus pasos.¹¹ Simultáneamente, mediante el rock expresaban su reivindicación de una “Alemania fuerte y vengativa”.¹² De manera paralela, una nueva derecha alemana, formada por periodistas, novelistas, profesores, abogados y ejecutivos, cuya penetración intelectual es innegable y que tiene como “espíritu rector” al historiador “revisionista” Ernst Nolte, propugnaba por restaurar la pasada gloria de Alemania, consideraba a los inmigrantes como “parásitos sociales” y se oponía rotundamente al Tratado de Maastricht.¹³

El eje tensional pasado-futuro que recorre actualmente Alemania, es también un dilema europeo. Así como Alemania suponía, en noviembre de 1989, que el porvenir la separaría definitivamente del pasado, los vientos de la historia soplaban también con destellos luminosos en todo el Viejo Continente: el fin de la guerra fría, la reconciliación Este-Oeste, la integración de las economías, el triunfo del liberalismo político, la convicción de que la democracia (como idea y también en el sentido de régimen político) ganaría terreno, etcétera, presagiaban el umbral de una nueva era. Sin embargo, al poco tiempo, la conciencia de las democracias occidentales —aletargadas después de la euforia de la posguerra bajo el supuesto de que bajo las ruinas del III Reich quedaba enterrada también la sinrazón de la persecución étnica, racial o cultural— se confrontaba con viejas y olvidadas heridas. En una atmósfera de pesimismo que parecía señalar que nada se había aprendido de la historia, Europa era testigo de que la bandera de la “limpieza étnica” volvía a ser levantada en los Balcanes para detener, expulsar y eliminar sistemáticamente a millones de personas; las imágenes desoladas de familias enteras desposeídas de sus bienes y circulando en trenes para ganado levantaban la amnesia que caía sobre un pasado todavía relativamente reciente. Pero también, en su propio interior, las sombras del pasado volvían a cernirse sobre el continente europeo; se trataba de sombras que habían

¹¹ Véase al respecto la revista brasileña *Atenção*, que en su edición de noviembre de 1995 presenta un amplio reportaje sobre los neonazis de Brasil.

¹² *L'Express*, 4 de febrero de 1993.

¹³ Jacob Heilbrun, “Germany’s new right”, *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre de 1996, pp. 80-98.

permanecido en los subterráneos de las sociedades europeas¹⁴ y cuyo resurgimiento se ligaba al futuro de una Europa global y comunitaria.

La memoria de un pasado ultranacionalista, xenófobo y racista vuelve a recorrer Europa. En Italia, Bélgica, Suiza, Austria y Francia existen movimientos de ultraderecha que no sólo actúan con violencia en las grandes urbes mediante explosiones racistas, sino que adquieren un notable auge entre la juventud¹⁵ y, lo que es más preocupante, adquieren un importante peso político por medio de las urnas. Si bien estos movimientos constituyen, hasta el momento, grupos marginales, en tiempos de crisis política y económica sus odios y prejuicios pueden ser incorporados a discursos políticos más amplios. Ése ha sido el caso de Francia, por ejemplo, donde las tesis de Jean Le Pen, líder del ultraderechista Frente Nacional, han sido asumidas parcialmente por el gobierno francés con fines electorales.

Ciertamente, los dirigentes de la ultraderecha europea niegan ser los herederos de tesis fascistas pasadas. Jean Le Pen en Francia y Jörg Haider, el líder del Partido Liberal en Austria, se definen a sí mismos como liberales de centro-derecha opuestos a la intervención estatal en la política y la economía. Sin embargo, la cuestión clave, tanto para Le Pen como para Haider, es el problema de la inmigración extranjera, a la cual culpan del desempleo creciente en sus respectivos países y contra la cual dirigen su discurso excluyente, racista, nacionalista y autoritario. Se trata, en ambos casos, de un discurso xenófobo que responde más a obsesiones ideológicas y a la voluntad política de cerrar las fronteras nacionales que a preocupaciones económicas relativas al desempleo supuestamente causado por la migración.¹⁶

El problema del desempleo en Europa es de índole más compleja y profunda, y responde, en líneas generales, al marco global en el que, desde la década anterior, se desenvuelve la economía universal.

El proceso de integración económica europea —si bien tenía antecedentes desde 1960— fue alentado con gran ímpetu en 1985 para

¹⁴ "En el continente europeo no se puede decir que el fenómeno de la reaparición de la extrema derecha sea reciente, ya que nunca desapareció." Manuel Florentín, *Guía de la Europa negra. Sesenta años de extrema derecha*, Madrid, Anaya y Mario Muchnick, 1994, p. 12.

¹⁵ "Cada vez más joven, la ultraderecha", *Excélsior*, 22 de abril de 1997.

¹⁶ "Les comptes truqués de monsieur Le Pen", *Le Nouvel Observateur*, 27 de marzo-2 de abril de 1997, pp. 28-29.

llegar a configurar, en la década de los noventa, un enorme mercado abierto comercial y financieramente. Lo anterior se ha traducido en una limitación drástica del papel del Estado, el cual ya no puede responder a las demandas de la sociedad.¹⁷ De igual modo, el paulatino desmantelamiento del Estado de bienestar ha dejado a la intemperie a quienes hasta ahora gozaban de educación y salud aseguradas, protección contra el desempleo y generosas pensiones de retiro. Asimismo, la reorganización productivo-tecnológica en el marco de una economía globalizada y competitiva ha trasladado el conflicto social a la “inclusión” o “exclusión” de los puestos de trabajo y del acceso al consumo. Recesión, rebaja real de salarios o desempleo se han traducido, para muchos europeos, en deambulante urbano o pérdida del hogar. Para otros, en el mejor de los casos, en la proliferación de trabajos parciales, temporales y contingentes —aun entre los cuadros profesionales más capacitados—,¹⁸ carentes de beneficios sociales, garantía o seguridad. La parcialización de los trabajos, la disminución de los días laborales y la falta de compromiso con las fuentes de empleo se han expresado, así, en incertidumbre e inestabilidad social, exclusión económica y miedo al futuro,¹⁹ situación que afecta principalmente a los sectores más vulnerables de las capas medias y bajas,²⁰ y que evoca el clima político y económico de los años treinta y propicia el surgimiento de líderes mesiánicos y autoritarios.²¹ A lo anterior cabe agregar los gigantescos procesos migratorios que se dirigen hacia el Viejo Continente y que, más allá de la amenaza que representan en relación con la disputa por las fuentes de empleo, confrontan a Europa con la extranjería y el misterio del *otro* mediante palabras, rostros, gestos y vestimentas diferentes. Europa Occidental —un espacio geográfico relativamente homogéneo y con una identidad histórica común—, teme perder su identidad nacional y cultural. El Viejo Continente se puebla, así, de culturas par-

¹⁷ Ludolfo Paramio, “El malestar de la política”, *Élcétera*, 19 de octubre de 1995, pp. 19-23.

¹⁸ “Pourquoi les cadres craquent”, *Le Point*, 26 de junio de 1993.

¹⁹ Véase, por ejemplo, Michel Wieviorka, “L’expansion du racisme”, en Pierre-André Targuieff, *Face au racisme*, París, Éditions La Découverte, 1992, pp. 73-82.

²⁰ Véase, por ejemplo, Pascal Perrineau, “Le Front National: du desert a l’enracinement”, en Pierre-André Targuieff, *ibid.*, pp. 83-104.

²¹ Ciertamente la situación actual no es exactamente similar a la de los años treinta. La recesión económica no es tan grave; no existe una ideología “subversiva” que pretenda acabar con el capital y la democracia está mucho más asentada como proyecto político.

ticulares, herencias nacionales, grupos que se fragmentan en un mismo Estado-nación,²² etcétera. Lo anterior se traduce, como se ha señalado, en el apoyo electoral a partidos y movimientos de extrema derecha,²³ como asimismo en la victimización del *otro* —migrantes, refugiados, minorías, etcétera— por medio de nuevas formas de racismo en las cuales la estigmatización, la discriminación, la segregación y la violencia se producen en virtud de criterios de una “otredad” étnico-cultural. Es decir, se desplaza el concepto de “raza” hacia el de “cultura”, haciendo correlativas las nociones de “pureza racial” e “identidad cultural”, y se “racializa” la distancia entre culturas, etnias e historias diferentes.²⁴ Sin asumir como tema dominante la herencia biológica, este nuevo racismo exige, sin embargo, en virtud de la “absolutización” de las diferencias, la exclusión de todo lo diferente, hasta límites de trágica memoria. “No es que se desee la conversión del otro, sino su muerte... pero la muerte del otro debe entenderse en una multiplicidad de sentidos, desde el más simbólico hasta el más empírico: desde la invisibilidad del otro hasta su aniquilamiento, su destrucción física.”²⁵

También en Europa Central y Oriental, donde los problemas de identidad nacional han sido más severos, el peso de la memoria surge entre los pliegues de la vida social en el escenario de los nuevos mapas geopolíticos creados en esa región desde la caída del Muro de Berlín. Mientras el “Occidente secuestrado” del que hablaba Milan Kundera²⁶ se reincorpora, paulatinamente, a la política, economía y cultura del mundo occidental y lucha por convertirse en una comunidad moderna, fuerzas centrífugas hacen aflorar viejas rencillas, religiosas, étnicas y nacionales. La incertidumbre del futuro en la región, reforzada por el rechazo al antiguo régimen político y el desencanto provocado por la economía de mercado, se ha traducido

²² En este último caso, los motivos pueden ser también de tipo económico. Los reclamos separatistas de las zonas desarrolladas del norte de Italia, de España y de Bélgica se refieren, entre otras cosas, a su negativa a financiar a regiones menos desarrolladas del mismo Estado-nación.

²³ Véase, por ejemplo, Pascal Perrineau, *op. cit.*

²⁴ Pierre-André Targuieff, “Les métamorphoses idéologiques du racisme et la crise de l’antiracisme”, en *Face au racisme, op. cit.*, pp. 13-63.

²⁵ *Ibid.*, p. 45.

²⁶ Milan Kundera, “Un Occidente secuestrado o la tragedia de Europa Occidental”, *Vuelta*, México, mayo de 1984, pp. 6-12.

en un reflujo hacia el pasado, el suelo, la tierra y la memoria de principios casi míticos de identidad.

El colapso del comunismo (con su carácter de homogeneidad política), la explosión incontrolable de fuerzas mantenidas bajo presión durante gran parte del siglo XX y las nuevas reivindicaciones territoriales, han traído a la memoria los efectos similares que se produjeron en la región en 1917, después de la disolución de los imperios Austro-Húngaro, Zarista y Otomano, y que se expresaron en tensiones nacionales y vacíos sociopolíticos que constituyeron el germen del conflicto bélico posterior.

A pocos años de la caída del comunismo, no resulta sorprendente que en Europa Central reaparezcan los antiguos fantasmas nacionales y su “correlato natural”, el antisemitismo, convertido en expresión de la lucha por la identidad nacional. Si bien hoy el número de judíos de Europa Central y Occidental es sólo una sombra de lo que fue ayer —y con ello ha desaparecido también toda la base objetiva para la “cuestión judía” en la región, cuyas raíces se encontraban en la competencia económica, en la dialéctica entre mayoría y minoría y en las diferencias religiosas— el “antisemitismo sin judíos” se ha traducido en Polonia, por ejemplo, en acusaciones de “judaísmo” a líderes tan dispares como Tadeus Mazowiecki o Lech Walesa, o en el caso de Hungría y Rumania, en un factor que puede ser explotado en la vida pública al identificar “judío” y “comunista” en un momento en que el recuerdo del comunismo es todavía muy amargo.

Sin embargo, al mismo tiempo que Europa es recorrida por este abanico de trágicas memorias, el Viejo Continente también se confronta con las cenizas de su pasado, y saca a la luz pública los fantasmas que un largo silencio había escondido entre los pliegues de su conciencia, al tiempo que reinterpreta también una historia hasta ahora considerada tabú.

Simbólicamente, cabría hacer referencia, en este sentido, al escritor español-francés Jorge Semprún. En su último libro, *La escritura y la vida*,²⁷ publicado en 1995, Semprún, un superviviente del campo de concentración de Buchenwald, confesaba que en 1945, una vez liberado y colocado ante la tesitura de escoger entre la literatura o la vida, había elegido la vida. Sin embargo, casi 50 años después,

²⁷ Jorge Semprún, *La escritura o la vida*, Barcelona, Tusquets Editores, 1995.

Semprún se decidía a romper su silencio, su autocensura, y reconstruía su memoria haciendo un doloroso viaje por el pasado: exorcismo para conjugar los desasosiegos del ayer y alcanzar, quizá, su propio reposo espiritual.

Hoy la conciencia europea se encuentra dispuesta, en muchos sentidos, a abrir la caja de Pandora de los silencios del pasado.²⁸ Nuevos documentos, testimonios, investigaciones y análisis evidencian el imperativo de rescatar verdades olvidadas, desmoronar viejos mitos, rescribir la historia y reinterpretar la memoria de un siglo que llega ya a su fin.

En Austria, por ejemplo, se ha producido, desde hace ya largo tiempo —y aun tomando en cuenta el éxito electoral del Partido Liberal, dirigido por el ultranacionalista y xenófobo Jorge Haider— una profunda “crisis de conciencia” y una reflexión crítica con relación al pasado, por medio de la cual este país se encuentra en proceso de asumir que no fue simplemente “la primera víctima” del nazismo, como se había sostenido desde 1945, sino que se adhirió fervorosamente a este régimen político.

Suiza, por su parte, ha debido reconocer, en fechas recientes y en medio de un gran escándalo internacional, que tras su imagen de país neutral, democrático y eficiente, se esconde el “lavado” de millones de dólares saqueados por los nazis. Este dinero permitió el funcionamiento de la maquinaria de guerra y, al mismo tiempo, contribuyó a su fortaleza económica.

Francia también se ha confrontado —y aun obsesionado— con lo ocurrido entre los años 1940 y 1944, en especial cuando hoy existe una fuerte ofensiva de lo que fue la ideología del régimen de Vichy.²⁹

Por una parte, testimonios, documentos y libros han dado reciente cuenta del destino individual de miles de personas en el interior de una historia colectiva que llevó a entregar a la Gestapo a tres cuartas partes de los judíos que vivían en aquel momento en

²⁸ De alguna manera Estados Unidos lo ha hecho con Vietnam, Inglaterra con la India y Japón con Asia.

²⁹ “...las conquistas de la colaboración son hoy, regularmente, objeto de ceremonias, artículos e informes complacientes y laudatorios [...] el vocabulario, los argumentos y, al mismo tiempo, los sobrevivientes de Vichy salen de su marginalidad y se atreven a decir lo que jamás se habrían atrevido hace una década, en publicaciones, en política, en la prensa o en la Universidad...”, *L'Express*, 17 de julio de 1992.

suelo francés.³⁰ Por la otra, el 16 de junio de 1992, el entonces presidente François Mitterrand asistía, por primera vez en forma oficial, a la conmemoración de los 50 años de la fecha en que 13 000 judíos franceses eran detenidos en el Velódromo de Invierno y deportados a Alemania algunos días después. En esta línea, cabe señalar que

las autoridades políticas nacidas de la Resistencia juzgaron prudente hablar y actuar como si el gobierno de Vichy hubiese sido un breve e infeliz interludio, una especie de interrupción ilegítima de la continuidad republicana. En esto, y en su afirmación de que la Colaboración había sido obra de una pequeña minoría, se hacían eco del espíritu del país. Sin embargo, esta unidad de propósito se realizó al precio de una incompleta confrontación con la memoria y experiencia de los años de ocupación.³¹

Finalmente, en 1995 el presidente Chirac reconocía la *responsabilidad del Estado francés* en la deportación de 70 000 judíos franceses a Alemania, y en fechas recientes, se ha comenzado a identificar la propiedad confiscada y las obras de arte robadas a los judíos durante la Segunda Guerra Mundial.

Punto nodal del imperativo de “exorcizar” lo que fue la República de Vichy lo constituyó el juicio (y la consecuente condena), en 1994 de Paul Touvier —jefe de los servicios secretos de la milicia de Lyon durante el régimen de Vichy— acusado de complicidad con los ocupantes nazis. En realidad, en aquel momento, el juicio contra Touvier era secundario. Lo importante era que, por primera vez, Francia se confrontaba con el régimen de Vichy, cubierto por el silencio desde 1945 y asumido, por la “versión oficial” de la historia, como un paréntesis en la vida republicana del país. Sin embargo, las investigaciones más recientes demostraron la profunda identificación entre las políticas de Vichy y las del invasor nazi destacando que “si Vichy buscó algo tenazmente, fue su política racial autónoma, no su oposición a las demandas alemanas [...] las leyes de Vichy siempre

³⁰ Maurice Rajsfus, *Jeu de Noir*, París, Manya, 1992; Claude Singer, *Vichy, l'université et les juifs*, París, Les Belles Lettres, 1992.

³¹ Tony Judt, “France without glory”, *The New York Review*, 23 de mayo de 1996, p. 39.

estuvieron más allá de las expectativas nazis...³² De igual manera, estas investigaciones comprobaron que Vichy no constituyó una anomalía dentro de la vida republicana francesa, sino que este gobierno había sido posible por la atmósfera social, política y cultural de la III República previa, marcada por la xenofobia y el antisemitismo.³³ El proceso en contra de Paul Touvier representaba la acusación penal en contra del gobierno colaboracionista y de la milicia acusados de crímenes contra la humanidad, es decir, por haber sido cómplices de un plan concertado por la Alemania nazi contra personas designadas en razón de su pertenencia a una colectividad racial o religiosa.

La ambigüedad de Francia con respecto a los confusos años de la ocupación llegó a simbolizarse en la propia figura de François Mitterrand. Interrogantes tales como: ¿cuál fue la verdadera vida política de Mitterrand antes de ser el arquitecto del Partido Socialista Francés y presidente de la República? ¿qué hacía Mitterrand entre 1939 y 1945? recorrieron la vida política francesa durante la segunda mitad del siglo hasta encontrar respuesta dos años antes de su muerte en la investigación en archivos y entrevistas al entonces presidente que realizó el historiador Pierre Péan³⁴ y que develaba, más allá de las verdades oficiales, algunos enigmas perdidos en los pantanos de la historia: Mitterrand había pertenecido en su juventud a un movimiento de extrema derecha, había escapado de un campo de concentración alemán y trabajado en el gobierno de Vichy, donde entró en contacto con el mundo de la prensa, la censura y la propaganda; llegó a colaborar con una revista muy próxima ideológicamente al mariscal Petain. En 1943, sin embargo, Mitterrand era ya miembro de la Resistencia y realizaba un importante trabajo en la clandestinidad. A la luz de estas revelaciones, la figura de François Mitterrand, esculpida en bronce por sí mismo y por Francia, aparecía matizada por los claroscuros de la historia.

En Francia apareció publicado, asimismo, el libro *Les crematoires d' Auschwitz. La machinerie du meurtre de masse*,³⁵ escrito por el químico Claude Pressac, quien, como continuación de investigacio-

³² *Le Nouvel Observateur*, 17-23 de marzo de 1994.

³³ Cfr. Tony Judt, *op. cit.*, pp. 39-44.

³⁴ Pierre Péan, *Une jeunesse française. François Mitterrand 1934-1947*, París, Fayard, 1994.

³⁵ Claude Pressac, *Les crematoires d'Auschwitz*, París, Éditions du CNRS, 1993.

nes previas, descubrió en los archivos de la KGB los dibujos técnicos, las órdenes de construcción y las fotografías originales de los campos de muerte alemanes. El libro de Pressac constituyó un absoluto mentís a los representantes del “revisiónismo histórico” que niegan la realidad de la exterminación deliberada y sistemática de los millones de judíos por razones raciales, y que tiene en Francia una de sus sedes principales.³⁶

En Alemania, asimismo, en las últimas fechas, la memoria colectiva del país se ha abierto a lo que fue la larga noche del nazismo. La película *La lista de Schindler* impactó profundamente a los adolescentes alemanes,³⁷ y el reciente y controvertido libro de Daniel Goldhagen, *Hitler's willing executioner's. Ordinary Germans and Holocaust*,³⁸ ha replanteado las interrogantes sobre la responsabilidad colectiva de toda la nación alemana en el Holocausto. Producto de una minuciosa investigación, la tesis central de Goldhagen señala que

la noción de que Alemania fue durante el periodo nazi una sociedad “ordinaria”, “normal”, que tuvo la mala suerte de ser gobernada por gobernantes malvados y despiadados quienes, usando las instituciones de la sociedad alemana, impulsaron a la gente a cometer actos que aborrecían, es falsa.³⁹

Y agrega: el Holocausto sólo pudo haber ocurrido en Alemania porque los alemanes eran, en esencia, antisemitas.

El libro de Goldhagen documenta con nombres, rostros y fechas la voluntad aniquiladora de los “hombres ordinarios” que, ya fuese como parte de los batallones que iban tras las tropas nazis (en su ruta hacia el Este de Europa) para realizar el “trabajo sucio” del exterminio, o como explotadores inmisericordes de mano de obra barata en los campos de concentración, o como guardianes de las agotadoras marchas sin rumbo en el invierno de 1944-1945 (cuando

³⁶ Cfr. Pierre Vidal-Naquet, *Los asesinos de la memoria*, México, Siglo XXI, 1994.

³⁷ Peter Schneider, “The sins of the grandfathers”, *Mexico City Times*, 7 de diciembre de 1995, p. 7.

³⁸ Daniel Goldhagen, *Hitler's willing executioner's. Ordinary Germans and the Holocaust*, Nueva York, Alfred Knopf, 1996.

³⁹ Daniel Goldhagen, “The people's Holocaust”, *The New York Times*, 17 de marzo de 1996.

ya era evidente que la guerra estaba perdida), no vacilaron en realizar su macabra tarea, aunque, como demuestra el autor, negarse a hacerla no les habría implicado ningún castigo militar.

El libro de Daniel Goldhagen se agrega a otros dos textos similares. En el primero de ellos, *¡Qué tiempos aquellos!*,⁴⁰ aparecido en Alemania en 1988, tres historiadores alemanes recopilaron tanto fotos, recortes, papeles burocráticos y documentos oficiales nazis que atestiguaban la realidad del exterminio judío, como fragmentos de cartas y diarios privados de quienes, por cumplimiento del deber o por casualidad, fueron testigos oculares de las ejecuciones masivas de judíos durante las primeras fases de la guerra, y del exterminio por gas en una etapa posterior. En el segundo, *Ordinary men. Reserve police Battalion 101: the final situation in Poland*,⁴¹ se destaca que el Batallón 101, que masacró a sangre fría a miles de judíos en Polonia entre 1942 y 1943, no estaba formado por reclutas imbuidos de la propaganda nazi, sino por hombres de mediana edad, de clase media baja u obrera, sin antecedentes militares y que, además, no se negaron a participar en dichas acciones.

Los textos mencionados constituyen una nueva reinterpretación de la historia, ya no en términos de una explicación de la dinámica de agregados sociales anónimos en periodos de larga duración, sino en términos de la “microhistoria” de individuos de carne y hueso; ello permite proporcionar una perspectiva distinta a la tradicional, usualmente localizada en las “víctimas”, recuperándose, en este caso, la de los “perpetradores”, la de los “hombres ordinarios”, los que amaban a sus mujeres, extrañaban a sus familias, sufrían las incomodidades de la guerra y podían disfrutar de la lectura, la música y la comida.

El impacto del libro de Daniel Goldhagen sobre la sociedad alemana —a pesar de las fuertes críticas de los historiadores— ha sido sorprendente. Señala un cronista al respecto:

Quando la traducción [...] fue presentada en Alemania a fines de agosto, la primera edición se agotó en seguida. Durante las semanas siguientes llegaron a las librerías 130 000 copias.

⁴⁰ Ernest Klee, Willi Dressen y Volker Riess, *¡Qué tiempos aquellos!*, México, Planeta, 1995.

⁴¹ Christopher Brown, *Ordinary men. Reserve Police Battalion 101 and the final solution in Poland*, Nueva York, Harper Collins, 1992.

Cuando el autor mismo apareció en Alemania en septiembre, su gira de promoción se transformó en una “procesión” triunfal [...] Goldhagen viajó de Hamburgo a Berlín, de allí a Frankfurt y luego a Munich, con un pequeño ejército de reporteros y camarógrafos rogando por otra entrevista, insistiéndole en participar en otra mesa redonda televisada.⁴²

¿Cómo explicar el éxito de un libro que coloca en el centro del debate el tema de la colaboración voluntaria del pueblo alemán en la aniquilación masiva, y pone en entredicho las líneas divisorias entre “nazis” y “alemanes”, líneas que diluyeron las culpas colectivas durante 45 años?

Una primera fuente de explicación puede encontrarse en el hecho de que, en momentos en que Alemania se encuentra en proceso de inserción en la unidad europea, de integración y de búsqueda de su propia identidad, la necesidad de confrontarse con lo que “creía ser”, lo que “había sido” y lo que “quiere ser” constituye un problema político y moral fundamental; si la respuesta a lo sucedido en noviembre de 1938 es el olvido, en tierra de nadie quedarían las víctimas, testigos mudos de la inmoralidad de la política. En este sentido, la dignidad de la política exige hoy, para Alemania, construir el futuro y asumir, asimismo, un planteamiento moral de la misma.

Por otra parte, el elemento generacional constituye otro factor clave de explicación. En la medida en que para las segundas o terceras generaciones que no vivieron en carne propia la guerra ni el costo de la recuperación, el pasado (aunque reciente) es más bien remoto, la posibilidad de darle a este pasado nombre y apellido (que podría haber sido el de sus padres, tíos o abuelos) se traduce en una sensibilidad abierta y dispuesta a confrontarse con la amnesia histórica y la parálisis emocional. En este sentido las nuevas generaciones alemanas, “que no escucharon el relato de sus padres y abuelos, y si preguntaron, no obtuvieron respuesta [...] pueden sacar a la luz el conocimiento reprimido, que es el paso necesario hacia la liberación, y aun, la redención”.⁴³

⁴² Josep Joffe, “Goldhagen in Germany”, *The New York Review*, 28 de noviembre de 1996, p. 18.

⁴³ *Ibid.*, p. 21.

Ciertamente, el fin de la guerra fría ha “descongelado” el sentido maniqueo de las ideologías que recorrieron el siglo. La apertura de archivos históricos hasta ahora celosamente guardados, la desmitificación de los “héroes de guerra” contruidos por la “historia oficial” (trátase del caso de Jean Moulin, el jefe de la Resistencia francesa cuya biografía está siendo revisada, o el del Partido Comunista de la Unión Soviética, concebido durante décadas como el “gran vencedor” de la contienda), el reconocimiento de culpabilidades hasta ahora negadas (la matanza de oficiales polacos a manos soviéticas en el bosque de Katyn, o el bombardeo de Guernica por órdenes alemanas), evidencian que, en un mundo desideologizado, la historia puede ser reinterpretada hasta el punto de la confrontación, incluso, con verdades vergonzosas.

Pero, en el más amplio sentido, Europa, al recuperar la memoria de lo ocurrido en años recientes, se enfrenta con su propio presente xenófobo y racista, sabiendo que si se reprime parte de la historia, ésta puede regresar aun con mayor violencia. La xenofobia se ha convertido, en gran medida, en elemento de consenso, y la bandera del freno de la inmigración ya no es baluarte exclusivo de sectores neonazis o de la extrema derecha, sino también parte de las políticas gubernamentales.⁴⁴ Un continente que no puede encontrar formas de convivencia multiculturales y multiétnicas satisfactorias, puede convertirse en el espacio propio para un malestar social que reviva una historia aparentemente sepultada. Escribía Daniel Bell poco tiempo después de la reunificación alemana: “Auschwitz es una posibilidad de todos los grupos humanos. Lo que Hitler hizo fue convertirlo en realidad.”⁴⁵ Si bien el proyecto político de la democracia apareció como el único posible después de la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética, en términos reales se trata de una democracia frágil, amenazada por la anomia social, la obsesión por las identidades nacionales, la exclusión económica, el descrédito de las instituciones políticas y la intolerancia cultural. Tiempos difíciles se ciernen hoy, indudablemente, sobre Europa. Pero si el olvido es, como señalaba Nietzsche, un acto vo-

⁴⁴ Por ejemplo, en 1992, durante los disturbios de Rostock, se gritaba: “Alemania para los alemanes” e inmediatamente los partidos políticos elaboraron una reforma restrictiva a la ley de asilo.

⁴⁵ Daniel Bell, “Alemania: el temor permanente”, *Vuelta*, México, agosto de 1990, p. 19.

luntario, también lo es la memoria (“...es absolutamente imposible vivir sin olvidar [...] Se trata de poder olvidar adrede, así como sabe uno acordarse adrede”).⁴⁶ Esta última puede convertirse en una fuente de ética civil y moral, como lo ha sido, por ejemplo, la reciente resistencia ciudadana de cientos de miles de parisinos en contra de la propuesta gubernamental de aplicar leyes más severas a los emigrantes ilegales.

¿Qué tendrá mayor fuerza en Europa en el futuro: el peso del olvido o el vigor de la memoria? Éste es uno de los muchos dilemas que hoy enfrenta el Viejo Continente. Otro, igualmente sustancial, sería el de realizar la síntesis entre la memoria y la esperanza.

⁴⁶ Citado por Yosef Hayim Yerushalmi, *Usos del olvido*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1989, p. 15.